

Compré una tela grande para pintar mi mundo. Las amigas, de Aurora Venturini

Soledad Castro Lazaroff



Difícil escribir sobre Aurora Venturini. Parece que ninguna palabra va a alcanzar, que no hay manera de hacerle justicia a la extrañísima experiencia de leerla. Intentar desentrañar sus trucos, describir con lucidez las formas de sus textos, se parece a la sensación de tener que ordenar un archivo de miles y miles de libros sepultados durante, al menos, un siglo. Se trata de una literatura cuya intertextualidad se presenta tan densa, indescifrable y argentina como la borgiana, pero que, a su vez, carece de cualquier elegancia. Sus maneras del pudor tienen que ver con el horror al vacío; su utilización sentimental, peronista, de las palabras, logra parecer lejana de cualquier cálculo o copia. En todo caso, mi objetivo es que este texto despierte la curiosidad necesaria como para ir a encontrarse con la obra y dejarse amedrentar, sin prisa y sin pausa, por su revulsiva hermosura.

La historia real de Aurora Venturini parece la de una telenovela de la tarde: una escritora viejísima y única es descubierta por escritoras mucho más jóvenes —Liliana Viola, Mariana Enríquez— que, después de defender su trabajo con uñas y dientes, consiguen premiar uno de sus textos en un concurso literario importante. Esa novela se llama *Las primas* y encarna exactamente lo contrario de lo que podría considerarse un discurso «políticamente correcto»: está llena de violencia familiar, podredumbre y pesimismo. Yuna, protagonista que narra en primera persona, recurre al anecdotario de su familia para, a partir de él, escribir una especie de monólogo biográfico en el que los sucesos propios y ajenos se encadenan para la construcción de una subjetividad rarísima. Lo perturbador no es que Venturini haya decidido alejarse conscientemente de cualquier atisbo de moralidad, sino que esa decisión se camufle en una naturalidad tan neutra que deriva en atroz verosimilitud. La historia de Yuna es nuestra historia, la de las abuelas, las tías, las madres de esta parte del mundo.

Las amigas, novela póstuma publicada por primera vez en 2020 y continuación de *Las primas*, retoma la historia de Yuna Riglos: encontramos ahora a nuestra protagonista con más de 80 años, en absoluta soledad, enunciando un monólogo interior otra vez signado por una dolorosa vitalidad; una chorrera de palabras que, en lugar de contrastarse con un cuerpo tullido o maltrecho —recurso muy utilizado, en general, para la variación de los climas narrativos en motivos literarios vinculados a la decrepitud—, se complementa con una biología que aún hace honores a esa cabeza que recuerda, que no puede parar de asociar y relacionar, que toma decisiones conscientes acerca del lenguaje. Así, en esa subjetividad de la vejez femenina del Río de la Plata encarnada por Yuna Riglos, Venturini logra pintar una lucidez única, dada por la capacidad de sostener un pensamiento que evidentemente ha crecido a lo largo de toda la vida —y que recurre a la intertextualidad constante para lucir sus maravillas— en combinación con las emociones de un cuerpo de *vieja solitaria* que, al contrario de cualquier estereotipo literario o cinematográfico, elige continuamente el aislamiento para sobrevivir.

La Yuna de 80 años sobrevive porque se aísla, y la soledad le cuesta un trabajo bárbaro. Sobrevive porque no se permite la empatía ni la cursilería de la moralidad, y ese es su gesto libertario: no amar más, no amar ahora, quizás no haber amado nunca. Ese procedimiento amoral se combina, nuevamente, con la emulación constante de la oralidad, una en la que los puntos y las comas están casi escindidos. El universo de Yuna presenta una verdadera dialéctica de la vida cotidiana: deja entrar a una vieja amiga a su vida pero luego se esfuerza para no verla nunca más; se hace cargo de una pobre niña villera, violada y abusada, hasta que se siente

asfixiada y elige dejarla abandonada a su suerte; se hace amiga de una pareja de lesbianas que, de un momento para el otro, ya no soporta más. Aún así, el único beneficio de Yuna parece ser la supervivencia, y es imposible que nos enojemos del todo con ella. La oscuridad de las relaciones humanas encuentra un eco inédito en el lenguaje de Venturini, un vaivén justo, capaz de proporcionar al lector el enorme placer de no ser capaz de encasillar al personaje ni prever sus movimientos. Yuna es original y su voz se alza en una subjetividad tan creíble como indescifrable, dueña de una identidad que, como agujero negro, nos transporta directo al vacío.

Pero a la vez que retrata con enorme eficiencia la subjetividad emocional y lingüística de su personaje —tan hermoso reconocer en Yuna palabras y modismos tan antiguos como rioplatenses—, Venturini pinta, a través de sus ojos, el mundo, y lo hace con una ferocidad que, otra vez, se aleja de cualquier imaginaria previa que vincule la vejez a la serenidad. Las descripciones de los paisajes urbanos, las casas y las personas acarrear una prosa poética ardiente de curiosidad, bronca, duda o embeleso: «La tarde otoñal invita a salir por los suburbios urbanos. Hay casitas bajas dulcemente apoyadas en sus jardines de amapolas y achiras y cuando veo el humo que brota de las chimeneas entonces sí ahí es cuando Yuna detenida en el umbral de la edad duda de que acaso perdió esas experiencias. Pero teniendo en cuenta su condición de indisimulable minusvalía ¿quién cargaría con ella que no fuera ella misma? Qué fatiga lector paciente un signo de interrogación significa un paseo dando vueltas por la placita cercana a ver pasar a los señores canosos y a las señoras más bien gordas sin intención de criticar estructuras físicas» (p. 106). A su vez, la metarreflexión discursiva y el gesto de dirigirse a ese tú que lee, incorporando al relato la segunda persona, vuelven a desterritorializar al personaje, a sacarlo del tono contemplativo para situarlo en un presente peligroso porque nos interpela, porque parece gritarnos al oído que la historia de nuestras viejas está muy lejos de haber sido contada, y que ahí siguen nuestras brujas de las miserias del tercer mundo, esperando que las escuchemos de una buena vez.

Aurora Venturini (2020). *Las amigas*. Buenos Aires: Tusquets. 192 páginas.